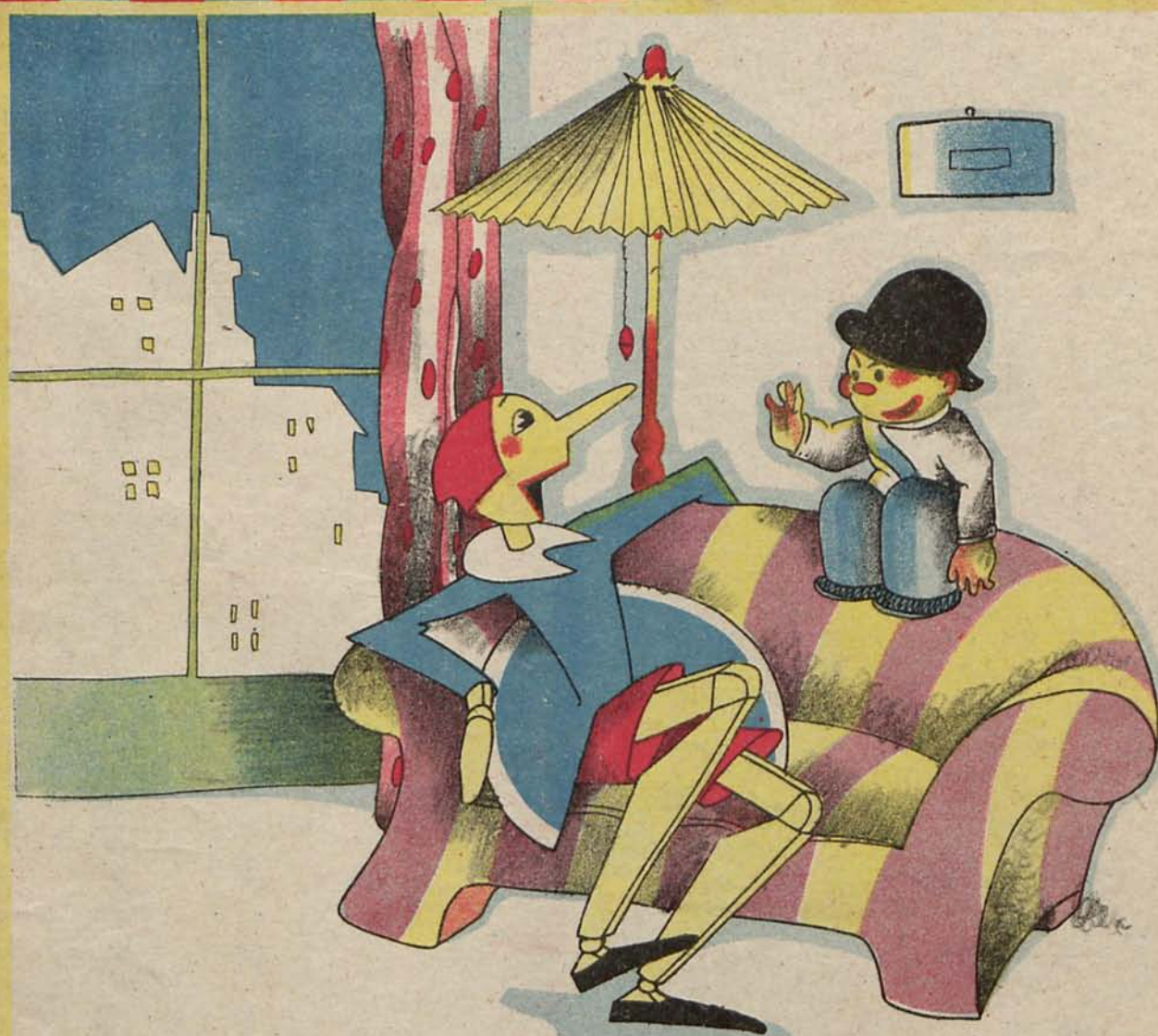


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 242

25 cts

6 OCTUBRE
1929



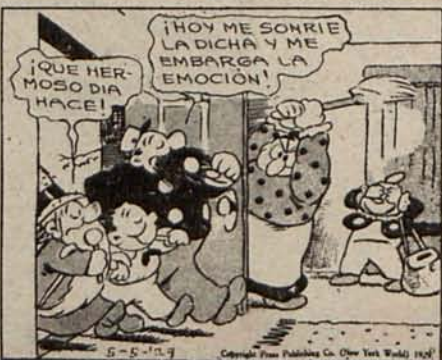
- ¡HACE DOS AÑOS QUE ESTOY APRENDIENDO EL PIANO!
- ¡PUES YO NO LLEVO MAS QUE UN MES Y YA TOCO EL GRAMÓFONO PERFECTAMENTE!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

la necesidad de un aumento en el contingente militar indígena; y

me informó después sobre el programa de los festejos y las medidas de orden tomadas personalmente por el propio Virrey. Esperábanse manifestaciones imponentes, y ya había empezado el movimiento de tropas para la revista que había de tener lugar en Calcuta en obsequio al Augusto visitante. El capitán debía salir precisamente al día siguiente con una compañía de especialistas llegados de Inglaterra en el mismo buque mío, y unirse en Calcuta a su batería de campaña.

»¡Ah! ¡si pudiera yo asistir—acertó a decir mi vecino de la izquierda—más cerca de lo que se permite a cualquier anónimo de la muchedumbre, a todas esas curiosísimas ceremonias!

»—Es difícil, muy difícil—replicó el capitán, arrugando la frente.

»—¡A ver, a ver! ¿ni siquiera me sería permitido esperar...? ¿No podría usted...?

»—¡Quia! ¡yo no!—prosiguió el oficial—En Calcuta no tengo amigos entre las autoridades, y me sería no ya difícil, imposible, obtener permisos especiales... Más bien, quizá, el señor, como periodista...

»No juzgué oportuno mostrarme descortés, y pensé en el modo de satisfacer el deseo de mi nuevo conocido.

»Creo que podré serle útil—dije—¿Sabe usted usar un Kodak?

»—¿Un Kodak? A la perfección. La vida ociosa por fuerza que llevo en este país, me permite cultivar mis dos grandes pasiones: la caza y la fotografía.

»—Entonces, puede decirse que es ya cosa hecha. Le confiaré a usted mi máquina. Desde este momento, le nombraré fotógrafo autorizado de la *British Life*... ¡Fotógrafo honorario, se entiende; sin estipendio!

»—Honorario, se entiende—respondió con donaire mi interlocutor subrayando con graciosa y amable sonrisa la sonora y jovial carcajada del capitán...—Y es ciertamente para mí un alto honor el de ser compañero, y, si se me permite, amigo de usted. Cuente con mi viva y eterna gratitud.

»Nos estrechamos la mano y cambiamos nuestras tarjetas. El oficial era el capitán K. W. Jopling. La de mi vecino de la izquierda ostentaba este interminable escrito:

ARTHUR GRIMMETT
OF THE GRIMMETT C.^o LTD.
IMPORT-EXPORT

LONDON BOMBAY
COLOMBO CALCUTA

»—Sólo que—hice notar entonces a mi improvisado fotógrafo—yo no iré a Calcuta directamente. He de tomar la línea de Agra para trasladarme a Delhi donde me detendré un par de días.

» ¿Siempre al servicio del periódico?

»Yo vacilé un segundo, mirando al rostro imperturbable de mi nuevo amigo; y cuando me persuadí—y bastó un instante—de que la pregunta no le era sugerida más que por un escrupulo excesivo de educación y cortesía, contesté:

»—Sí, para el periódico.

»—Entonces, si usted me lo consiente y si no ha de resultarle enojoso, le seguiré también en esa excursión...

»—¿Cómo? ¿piensa usted...? ¡Encantado! aunque...

»—Con tal que lleguemos a tiempo a Calcuta...

»—¡Oh! en cuanto a eso—aseveró el capitán—si le bastan a usted dos o tres días para la excursión, no se preocupe. El príncipe no llegará sino dentro de una semana.

»Había resuelto emprender mis pesquisas antes que en el Indo, en el Ganges, por diversas consideraciones entre las que descollaban ésta: el Indo, en su cruce con el 28º, 17', atraviesa una región montañosa y salvaje, mientras que el Ganges, en los alrededores de Delhi, corre por un país de rara fertilidad y muy bien cultivado, donde es más presumible la existencia de una colonia agrícola como parece deba ser la hacienda de Larouchy. No quería yo, pues, consumir un tiempo precioso en una larga expedición hasta las fronteras del Beluchistan mientras tenía razones para creer que los albuces de éxito estaban más bien en las orillas del sagrado Ganges. Además, alargando el viaje, no me habría sido factible encontrarme en Calcuta con tiempo bastante para cumplir mis deberes profesionales en el momento de la llegada del Príncipe.

»Terminada la comida, salí con mis dos comensales a dar una vuelta. Nos hicimos conducir a *Tardeo*, uno de los arrabales de la ciudad todo iluminado y clamoroso aquella noche en celebración de la fiesta en honor de *Mahadewa*, cuyo templo se yergue allí con toda la majestad y el misterio que le presta la extraña arquitectura del país. Una muchedumbre de indígenas invadía las calles, los caminos y los bosques de palmeras por entre los cuales refulgían a cientos los farolillos multicolores; unos grupos se paraban ante los bazares a cuyas puertas se exhibían los más abigarrados objetos: armas, cacharros, pañuelos, chales, perfumes, ungüentos, quincalla, bisutería, y baratijas de todos estilos y valores; y gentes de toda laya extasiábanse en torno de los vertiginosos tíos vivos

o allí donde una especie de organillo gemía o tintineaba, o un encantador de serpientes extraía de su flauta melancólicos plañidos, o donde, infatigables, algunas danzarinas contorsionaban sus cuerpos al ritmo furioso de dos tamboriles, o un revendedor ambulante pregonaba con gritos estridentes las delicias de sus mercancías comestibles.

»¡Ay! ¡Nada nuevo bajo la enharinada carátula de la vieja luna! También aquí los pim-pam-pum, los titirimundi y las figuras de cera, como en las ferias de los pueblos de la vetusta Europa. ¿Vale la pena de venir a la India para no encontrar más que esto?

»En compensación de la carencia de toda novedad en el espectáculo, me gané un magnífico dolor de cabeza que no dió muestras de amainar ni aun a la hora en que, dejando el populoso y ensordecedor suburbio, volvimos a la fonda después de haber brindado con una copa de exquisito Málaga por nuestro reciente conocimiento en un lujoso café de la *Break-Candy*.

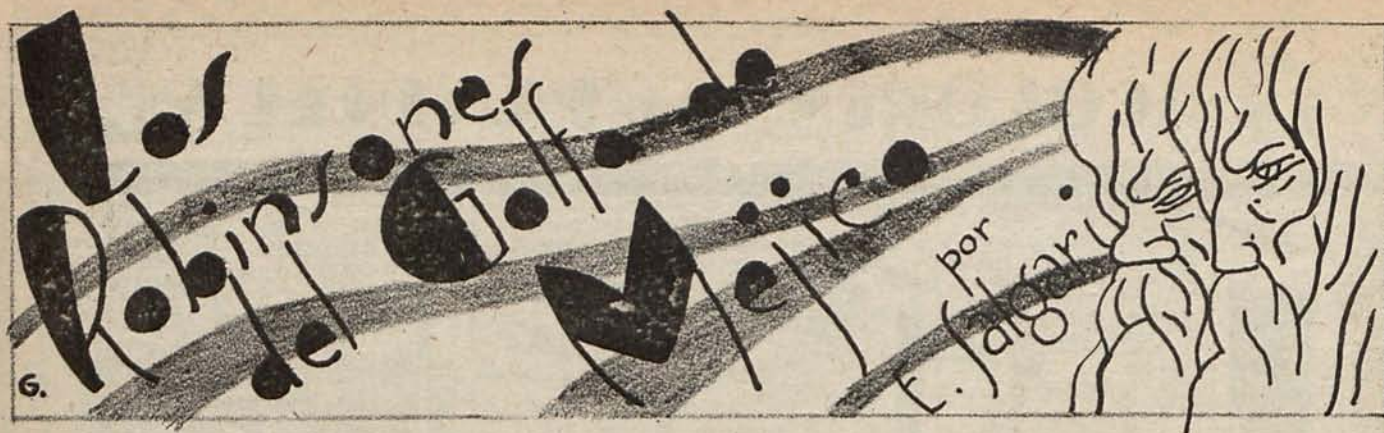
»Me levanté al día siguiente muy temprano, con la cabeza pesada todavía, la mente nublada y confusa, la respiración anhelosa y un malestar inexplicable difundido por todos los miembros. ¡Ni que me hubiera embriagado la vispera por la noche! Como un autómatas, hice los pocos preparativos que requería mi próximo viaje, y a las diez, mecánicamente, seguí a la estación a mis dos amigos que, no atribuyendo mi indisposición más que a una ligera calenturilla, me hicieron tomar alguna pastilla de piramidol y una buena dosis de coñac y me prodigaron miles de atenciones, exigiendo que me acomodase en un buen rincón del departamento y obligándome a permanecer quieto y silencioso. Pero la verdad es que ni aun queriendo hubiera podido hablar. Experimentaba aquel horror a la palabra, aquella imposibilidad de formular un pensamiento y de expresarlo, que son característicos de la fiebre alta, y ni siquiera acertaba entonces a pensar en mi estado y en el peligro

(Continuará en el próximo número).



COLORIN y su PANDILLA





(Continuación)

conservar por toda arma sino un cuchillo que había colgado a su cintura.

Aquella isleta no estaba habitada por alma viviente, y acaso no lo estuviera jamás, sencillamente porque nadie hubiera podido vivir en ella.

No había allí plantas, ni cursos de agua, ni animales. Se componía de rocas y arena, excavadas caprichosamente y sumamente áridas.

El pobre náufrago, al ver tal desolación, se creyó inevitablemente condenado a perecer de hambre y sed, y lamentó la hora en que se había salvado. Pero, hombre dotado de grande energía y tenacidad, quiso, no obstante, tentar a la suerte; ceder sin lucha no era ni mucho menos su propósito.

Exploró su islote y pudo al cabo descubrir gran número de langostinos. Aquellos crustáceos abundaban tanto, que bastaba agacharse para recogerlos en gran cantidad.

Por el momento, la comida estaba asegurada; mas faltaba el agua, y Serrano comenzaba a sentir una sed insufrible, que hacía más cruel el clima calurosísimo que reinaba en aquellos parajes.

Recorriendo las playas, un día descubrió unas tortugas enormes, que habían acudido allí para poner sus huevos entre la arena.

Serrano las persiguió antes de que pudieran sumergirse en el mar, y—da horror decirlo—aplacó su ardiente sed con la sangre de aquellos reptiles.

Durante varias sema-

nas, el desventurado careció de una gota de agua. Y la sangre había llegado a producirle náuseas, hasta el punto de que prefería los tormentos de la sed.

Afortunadamente, comenzaron a caer violentos chubascos. Serrano, cuyo ingenio habían aguzado las miserias, separó los caparazones de las tortugas y se sirvió de ellos como de palanganas para recoger agua y apagar su sed.

Luego sintió la necesidad de procurarse un refugio, donde preservarse de las lluvias torrenciales que lo transían día y noche, comprometiéndose su salud; y





también notaba la falta de un poco de fuego, pues ya le asqueaba la carne cruda.

¿Cómo hacer? Había explorado toda la isla sin poder encontrar ni una caverna o quebradura, ni plantas que le procurasen los materiales suficientes para construir una cabaña, o por lo menos un techado.

Primeramente había esperado la ocasión de reco-brar algún material de la carabela, pero no pudo encontrar nada. Las olas lo habían barrido todo, lleván-dose muy lejos los restos.

El pobre Serrano no desesperó por eso; quería tener un refugio, y lo consiguió.

Durante aquellas largas semanas había cogido muchas tortugas, y sus corazas formaban verdaderos montones.

El marinero, con el único cuchillo que poseía, tra-bajó con paciencia en aquellas gigantescas defensas óseas, y encontró manera de engastar unas en otras, haciéndose un refugio. Ya podéis figuraros qué espe-cie de cabaña podía ser; no obstante, Serrano se sintió inmensamente feliz cuando pudo entregarse al sueño bajo aquellas conchas, al abrigo de las lluvias.

Después del refugio, quiso tener también fuego. El problema se le presentaba como de una dificultad insuperable, pues en toda la isla no le había sido posible encontrar ni un solo pedazo de sílice. Y además, ¿qué había de quemar, si no había allí plan-tas que pudieran suministrarle leña?

Un día que había entrado en el mar para apoderar-se de ciertos crustáceos que vio jugar debajo del agua, tocó casualmente algunos guijarros.

Tomó varios de ellos, y habiéndolos observado, descubrió que eran pedernales.

Con pedazos de su camisa hizo hilas; después

frotó la hoja de su cuchillo con una de aquellas pie-dras, y logró al cabo la felicidad de ver surgir una llamita.

Ya había pasado un año desde que el pobre mari-nero no había visto ni siquiera una simple llama.

La llamita aquella fué el principio de un combus-tión que había de durar muchos años.

Como no existían plantas, Serrano acudió al mar para procurarse combustibles. Habiendo descubierto un sinnúmero de algas, aportó a la orilla muchísimas, formando con ellas haces que pudo exponer al sol para que se secaran poco a poco.

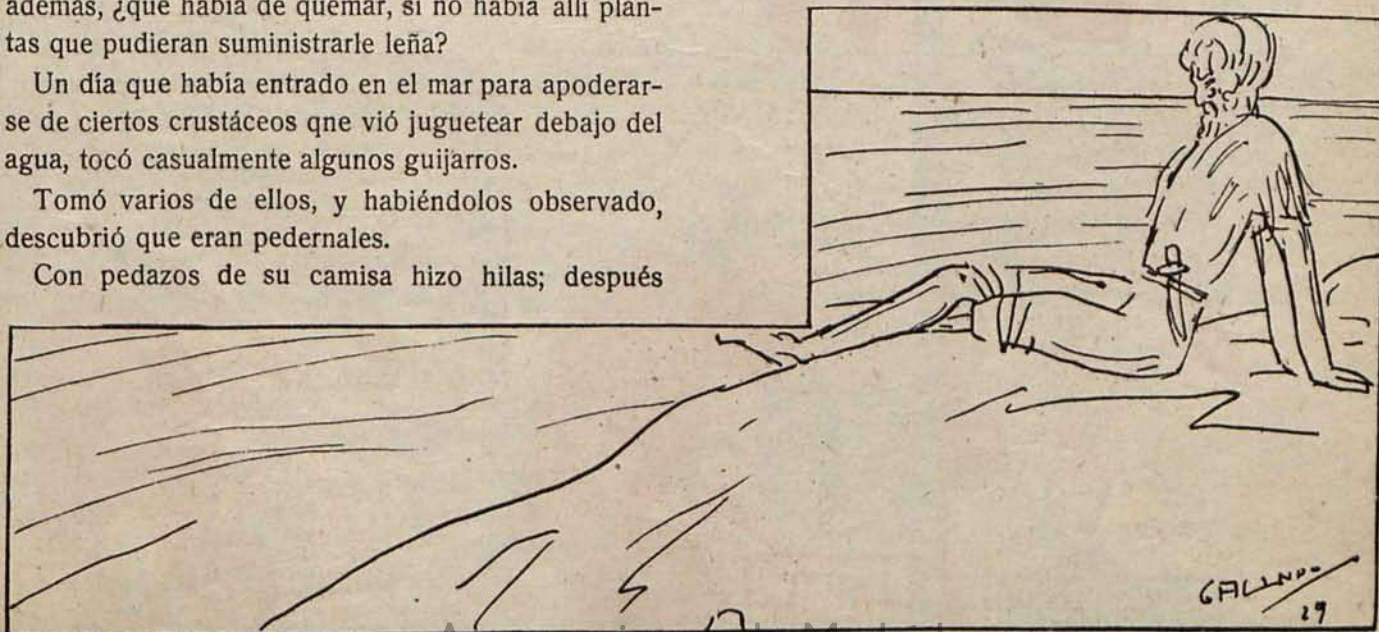
Desde entonces, no le faltó ya fuego al naufrago. No poseía recipiente alguno; pero, con mayor o menor dificultad, él se las componía para asar peces y tortugas.

¿Quién lo creyera? Serrano llegó al extremo de creerse feliz y de no añorar más su patria perdida.

Tres años largos pasó el marinero completamente solo, ingeniándose de mil modos para mejorar la propia existencia.

Durante aquel lapso, Serrano había visto pasar buques de vez en cuando, pero a una distancia tan grande que no le hubiera sido posible alcanzarlos a nado.

(Continuará en el próximo número).



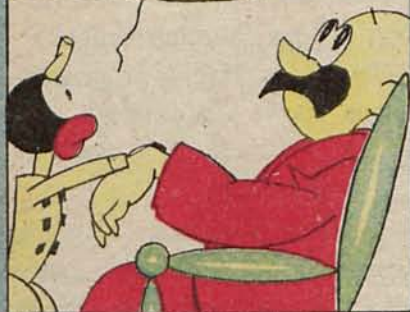


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ESTOY DEBILÍSIMO, CURRINCHE. NO TENGO FUERZAS PARA NADA. TÓMAME EL PULSO Y VERÁS QUE LIO

YO NO ENTIENDO DE MEDICINA, PERO A MI ME PARECE QUE ESTÁ USTED EN LAS ÚLTIMAS



¿QUÉ TEMPERATURA TENGO?

SESENTA BAJO CERO

¿VES TÚ? ESO ES QUE ESTOY YA CADAVER Y NO ME LO QUIERES DECIR



NO ESPERO NI UN SEGUNDO MAS. ME VOY CORRIENDO A QUE ME VEA EL DOCTOR

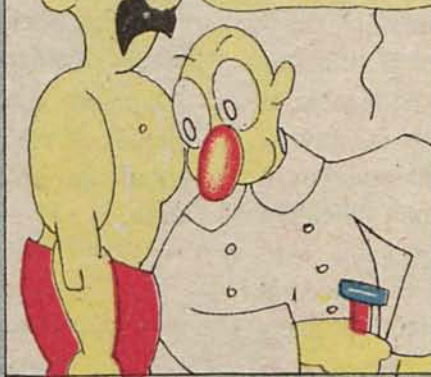


TIENE USTED UNA PIEDRA EN EL BAZO Y ¡CLARO! EL PESO LE DEBILITA A USTED!

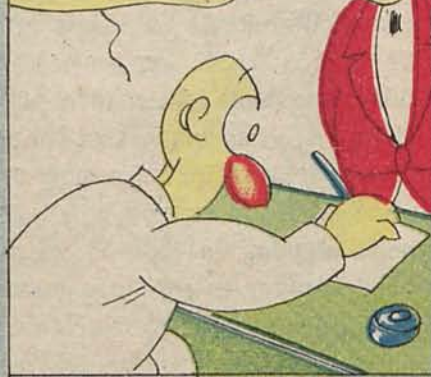
¡AH, SI? FUES ESA ME LA HA TIRADO CURRINCHE.



ESTOS BRONQUIOS ESTÁN HECHOS UN FUELLE. ARMAN UN RUIDO QUE NO ES POSIBLE QUE PUEDA USTED DORMIR. CON TANTO JALEO



CON ESTO QUE LE VOY A RECETAR SE QUEDARÁ USTED COMO NUEVO. VERÁ USTED QUE BIEN LE PRUEBA



YA SABE USTED. UNA CATAPLASMA AL LEVANTARSE. OTRA AL ACOSTARSE; Y DENTRO DE OCHO DÍAS VUELVA USTED A VERME

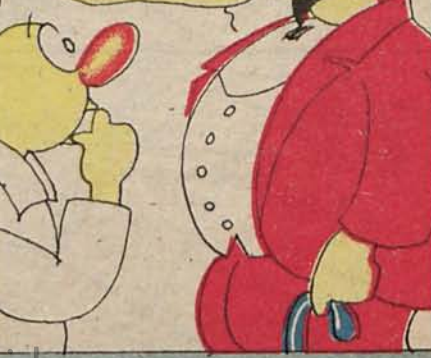


CON EL OLORCILLO NADAMÁS YA PARECE QUE ME ENCUENTRO MEJOR



¿QUÉ TAL LAS CATAPLASMITAS?

¡SUPERIORES! CON PAN Y UN POQUITO DE AZÚCAR ESTÁN RIQUEZIMAS. Y ¡MIRE! ¡MIRE COMO ENGORDAN!



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

ARRRRK -
EEEEK
ARRRRK!!

¡ESTA COTORRA
NO DEJA UN MOMENTO
DE PEDIR
COSAS PARA CO-
MER!

¡NO TENGO TIEMPO
DE DAR DE COMER A
LA COTORRA, VOY A
SEBRAR EN EL
JARDÍN!

¡HAY QUE VER LO QUE
FATIGA ESTO DE
SEBRAR!

¡SE HA COMIDO LAU-
RA TODAS LAS SI-
MIENTES!

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¡QUÉ COSA MAS
PRECIOSA DE GATO!
¡ES DE ANGORA!

¡MI OFICIO COMO
GATO DOMESTICO
EN ESTA CASA SE
VA PONIENDO MAL!
¡TENGO QUE HACER-
ME AMIGO DEL NIÑO!

¡SI ESE GATO ES MAS
BELLO QUE YO, EN
CAMBIO YO PROCU-
RARE SER MAS UTIL
QUE EL!

¡QUIERO QUE TODO
EN CASA HAGA JUEGO
CON LOS MUEBLES CU-
BISTAS QUE HE AD-
QUIRIDO!

¡RUEDAS REDON-
DAS! ¡ESO NO VA
BIEN CON EL ESTI-
LO DE LOS MUE-
BLES!

¡AHORA YA
ESTÁ BIEN
EL CARRITO!

¡QUE BIEN SE JUE-
GA CON ESTE ARO
TAN HERMOSO!

¡ESTE TIO ME TIE-
NE QUE PAGAR A
MÍ CON CRECES LO
QUE ME HA HECHO!

¡SI, SOY YO!
¡QUE ES LO
QUE DESEAS?

¡QUE NO TE OLVI-
DES DE TRAER,
LUEGO EL BALÓN
ESE DE MADERA
CON TRAMPA
QUE TIENES!

¡VOY A PREPARAR
LA TRAMPA AHO-
RA MISMO!

¡ATIZA! ¡EL BA-
LÓN SE HA VUEL-
TO CUBISTA!

10

5-26

11

PAT
SULLIVAN

12



CUENTOS DE CALLEJA

EN CÓRCHOLIS

Castillo



NA vez había dos hermanos gemelos, tan parecidos entre sí como dos gotas de agua. Se llamaban Antonio José y José Antonio.

El padre de estos muchachos era un rico comerciante que tenía en su casa albergado a un matrimonio pobre, que era el destinado a las faenas del hogar. Este matrimonio tuvo también dos hijos gemelos, que, por una rara casualidad, eran tan parecidos entre sí como los hijos de sus amos. Sus nombres eran Nicasio y Torcuato.

Juntos crecieron y jugaron los cuatro muchachos, simpatizando extraordinariamente José Antonio y Nicasio, y siendo inseparables Torcuato y Antonio José.

Tenían Torcuato y Antonio José ocho años. Cuando una tarde salieron al bosque próximo, y estando jugando allí, pasaron unos gitanos, que sin hacer caso de sus gritos los cogieron y se los llevaron a Córcholis, donde los vendieron como esclavos.

Así pasaron algunos años, hasta que un día desembarcó en el puerto de Córcholis un gallardo joven acompañado de un criado que tendría aproximadamente la misma edad que él. Fuéronse a una posada, y una vez que el joven amo se hubo lavado y vestido con esmero, salió a dar un paseo por la ciudad.

Aún no haría media hora que se paseaba por el muelle, cuando acudió su criado precipitadamente y le dijo:

—Mi amo, la comida está ya lista hace bastante rato; el arroz se está pasando, el pavo se quema, la asadura está frita, y las costillas asadas. Ha dicho su esposa que venga usted en seguida.

—Pero ¿qué me cuentas a mí, ni qué esposa es ésa de que me hablas, ni qué me importa del arroz, ni del pavo, ni de la asadura, ni de las costillas? ¡Tú estás borracho! ¡Se conoce que has entrado en todas las tabernas que hay desde la posada hasta aquí!

—¡Ay, Dios mío!—exclamó el criado—¡O mi señor se ha vuelto loco, o quiere reírse de mí!

—¡Mira, borracho del demonio: yo te enseñaré a que no seas tan aficionado al vino!

Y levantando la mano le dió un tirón de orejas que hizo al pobre criado ver las estrellas en mitad del día.

—¡Ay, Dios mío—gritaba el infeliz—; mi amo se ha vuelto loco!

Y con las manos en las orejas echó a correr hacia su casa.

El lector habrá comprendido que el joven recién llegado a Córcholis era José Antonio, hermano gemelo de Antonio José, y que el criado de éste le había confundido con su amo.

José Antonio, muy incomodado, se fué a la posada, y antes de llegar a ella tropezó con Nicasio, su verdadero servidor, que le buscaba.

—¿Se te ha pasado ya la borrachera?—exclamó incomodado.

—¿Qué borrachera, señor? Vengo a decir a usted que el equipaje está ya colocado en la habitación, y que todos los encargos están ya hechos.

—Pues, entonces, ¿por qué me hablabas del arroz, de la asadura, de las costillas y de mi esposa?

—¿Yo? ¡Si no he visto a usted hasta ahora mismo!

—¿Ahora vuelve a darte la borrachera? ¡Tócate las orejas, y verás como te escuen todavía!

—¡Señorito, usted está trastornado! Ni he visto a usted antes, ni me ha tirado usted de las orejas.

En esto se acercaron a ellos dos mujeres, y la que parecía la señora dijo al asombrado José Antonio:

—¡Esposo mío, que la comida está esperándote, y yo creí que te ocurría algo grave.

—¡Pero, señora—contestó José Antonio—, usted me confunde, sin duda, con otro! Ni soy su esposo, ni he visto a usted nunca, ni sé de qué me habla.

—¿Será cierto, Dios mío, que mi marido se ha vuelto loco?—gimió la pobre mujer.

—En fin, señora—dijo José Antonio—, no se apene usted: Iré a su casa, y ya veremos lo qué resulta de todo esto.





—¿Y yo, señor?—preguntó Nicasio.

—¿Adónde querías ir, bergante?—exclamó la criada, que era, sin duda, la esposa de Torcuato—¡Tú con tu esposa, y aprisa! ¿O es que también quieres hacerte el loco, como el amo?

—¡Pero, señora, si yo no soy su marido ni la he visto a usted en mi vida!

—¿Qué no? ¡Ahora te enterarás!

Y quitándose una zapatilla, la emprendió a porrazos con el infeliz Torcuato.

Así llegaron hasta la casa, y la supuesta esposa de José Antonio dijo a Torcuato:

—Cierra la puerta, y no abras a nadie hasta que acabemos de comer.

Sentóse José Antonio a la mesa, cuando sonaron recios golpes a la puerta.

—¿Quién llama?—preguntó Torcuato.

—¡Nosotros!—exclamaron dos voces idénticas a las de José Antonio y su criado.

—¿Y quiénes sois vosotros?—preguntó Torcuato con sorna.

—¡Soy yo; el amo de la casa!

—¡Guasón! ¡Vaya usted a dar broma a otra parte, que no estamos en Carnaval.

—¡Vamos; abrid de una vez, o derribo la puerta!—rugió el verdadero dueño de la casa.

Viendo que no abrían, se marchó Antonio.

A todo esto, José y su dependiente, en un momento de descuido por parte de las dos mujeres, salieron corriendo de la posada.

En su seguimiento salieron las dos esposas, y hete aquí que tropiezan con sus verdaderos maridos a los pocos pasos.

—¿Habéis podido ya abrir la puerta?—preguntó con tono de ira Antonio.

—Y tú, esposo mío, ¿has acabado la broma de decir que no me conoces?

—¿Cuándo he dicho yo eso?

—No hace cinco minutos.

Antonio miró a su esposa con terror, creyendo que había perdido el juicio.

—Y tú, mamarracho

—gruñó la criada—, ¿me conoces ya en forma de zapatazos?

—¡Bah!—dijo Torcuato—¡Tú estás borracha!

Nunca lo hubiera dicho. La criada cogió a su marido por una oreja, le hizo dar una vuelta, y le aplicó un soberano puntapié que le hizo dar con la cabeza en el suelo.

Aquí de los gritos, las voces y los desnudos. Llega la autoridad, y los detiene a todos por escándalo; pero luego suelta a las mujeres. Vuelven éstas a casa para buscar dinero con que prestar fianza para que suelten a sus maridos, y se encuentran en la calle con José y Nicasio. Nueva sorpresa.

—¿Habéis salido ya de la Prevención?

—¿Cómo de la Prevención, si no hemos estado en ella?

—¡Pero, esposo, si acabo de dejarte encerrado, y volvía a casa por dinero para que te pusieran en libertad.

—¡Usted sueña, señora!

—¡Ay, Dios mío, que ha vuelto a darle el

acceso de locura!

Oyóse en esto ruido, y a poco se aproximaron al grupo Antonio y Torcuato, acompañados de un agente de policía.

—En vista de que tardabas—dijo Antonio a su esposa—, vengo con el agente por el dinero.

Volvióse la señora, y a poco pierde el conocimiento. Los dos amos y los dos criados, exactamente parecidos, estaban frente a frente.

Se miraron como si cada uno fuese el reflejo del otro.

—¡Dios mío!—exclamaron—¡Qué semejanza tan prodigiosa! En aquel momento José tendió los brazos a Antonio gritando:

—¡Tú eres mi hermano querido, el que nos fué hace tanto tiempo arrebatado!

En tanto, Nicasio y Torcuato se abrazaban cariñosamente. También eran hermanos.

Después del tierno reconocimiento fueron los cuatro a la casa de Antonio: allí los forasteros fueron obsequiados espléndidamente.—FIN.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón ¿qué quieres saber hoy?
—Quiero saber si es cierto que las ranas cambian también de color como los camaleones.

—Ciertísimo ¿Ya no quieres saber nada más?
—¡Hombre, sí! Puesto que hemos tocado el tema de las ranas ¿Te parece bien que hablemos de ellas?

—Ya sabes que cualquier tema me parece admirable.
—¿No te choca a ti oír cantar a las ranas? ¿Verdad que parece extraño que un animal tan pequeñito pueda emitir una voz tan fuerte y sonora?

—A mí no me extraña porque sé que casi todos los anuros tienen grandes pulmones en forma de bolsa y una laringe muy desarrollada y provista de cavidades, donde la voz adquiere extraordinario volumen.

—¿Y por qué cambian de color estos animalitos?
—Hasta ahora no se sabe si este cambio de color se verifica o no a voluntad. Lo que sí es cierto es que cuando se les excita cambian de colorido y que mientras duermen adquieren la misma tonalidad que los objetos que les rodean, confundiendo con ellos.

—¿Dónde viven? Te pregunto esto porque yo veo a las ranas unas veces dentro y otras fuera del agua.

—Hay especies que habitan de continuo dentro del agua, en que pasaron su juventud. Otras viven en tierras húmedas, y otras, indistintamente dentro o fuera. Desde luego viven en cuantos sitios hallan alimento y escondite. Por eso, lo mismo se las ve a orillas de las aguas, que en los campos, praderas, o entre el ramaje, las yerbas o debajo de las piedras.

—Por lo que digo, están mejor que quieren. En cualquier sitio encuentran casa.

—También hay variedad en la elección de sitio para depositar sus huevos. Unas solo los depositan en estanques, fosos o charcos, otras se conforman con la escasa cantidad de agua que queda depositada en las hojas o en los huecos de los árboles, y otras, en fin, no ponen nunca sus huevecillos en el agua.

Los huevos de las ranas son de color amarillo claro con un lado más oscuro. Al quinto o sexto día se rompe el huevo y poco después empieza a nadar el renacuajo.

—¿Tan pronto?
—Tan pronto. Desde el momento de salir del huevo el renacuajo se desarrolla muy rápidamente.

Al cabo de un mes, sin embargo, se retarda la transformación; cuando el renacuajo alcanza una longitud de seis o siete centímetros, las patas están del todo desarrolladas; pero la cola, aún más larga que el tronco, va secándose lentamente, hasta que desaparece del todo. Cuatro meses tarda en verificarse la metamorfosis completa.

—¿Y ya está hecha una rana de cuerpo entero?
—Hasta los cinco años no alcanza la rana su tamaño regular, pero en realidad no deja de crecer hasta que muere.

Hay una variedad muy curiosa de ranas, llamada arborícola.
—Eso me suena a algo de árboles. ¿Estoy equivocado?
—No andas descaminado. Esta variedad de ranas escoge para su residencia las llanuras bajas y en el verano sube a alturas de cerca de dos mil metros, sobre el nivel del mar. En estas grandes alturas pasa cómodamente el verano, posándose cuando el tiempo es favorable en la cara superior de las hojas, y si llueve en la inferior, pero esto solo cuando la lluvia no dura demasiado; si se hace molesta, refúgiase en el agua para escapar de la lluvia.

A veces se la oye croar entre los arbustos y es muy difícil descubrirla porque el color del animal se confunde con el del follaje.

Son muy astutas y cuando ven acercarse a un enemigo, no se mueven de su sitio porque saben que un salto o un movimiento las pueden descubrir, y prefieren oprimirse contra la hoja y permanecer con sus brillantes ojos fijos en el adversario hasta que el peligro haya pasado.

—¿Y si el adversario las ve y quiere cogerlas?
—Entonces se resuelven a saltar y lo hacen con tal habilidad que casi siempre se salvan.

—¿Qué comen estos animalitos?
—Se alimentan de toda clase de insectos pero sobre todo de moscas, mariposas y orugas. Toda presa que alcancen debe estar viva y moverse; no toca animales muertos, o que no se muevan. Su vista penetrante y su fino oído, les permiten descubrir la mosca que se acerca. La observa con atención y salta de repente hacia ella, casi siempre con acierto y de tal modo que vuelve a caer sobre otra hoja. Para ayudar a la lengua se sirve también de los dedos de las patas anteriores llevando con ellos, como con una mano, el alimento a la boca.

—¿Es comestible la carne de la rana?
—Y de gusto exquisito. En Italia, sobre todo en el Piamonte, se la considera como verdadera golosina y se la come totalmente, después de sacarle las tripas. En casi todos los demás países se comen solamente las ancas, que constituyen un bocado finísimo.
—¿Tú las has comido?
—Yo he comido sopa de ranas y puedo asegurarte que es plato exquisito.

—¿Quieres que vayamos a ver si pescamos unas cuantas y haremos un plato de sopa?
—Me parece de perlas la idea.
—Pues para luego es tarde. ¿Qué me hace falta?
—Un hilo, un anzuelo y un trapito rojo que servirá de cebo.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



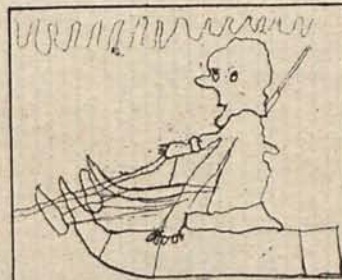
Una máscara
J. de Ibarra, 12 años



Shiqui
Lolita Fernández



Un farol
siglo XV por
Gonzalo Pérez



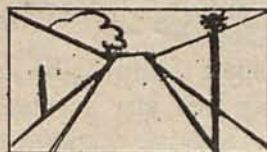
Pinocho en el Polo Norte
José M. A. Cascos



Curriñcho
A. Cantalapiedra



Mi hermano
Eduardo Lorite



Calle solitaria
Fernando Vilariño



Don Turulato
Esperanza Navarro



Alma negra
Teodoro M. N.



Muy tarde
V. Tacón



Ecce-homo
por
S. P. Rivas



Pinocho en Sulza
J. A. Herrero



Un guerrero indio
Ernesto San Pedro



El corsario negro
J. A. Urgotia



Mi lavandera
Francisco C.

Fijaos en los magníficos premios del GRAN SORTEO DE JUGUETES

ORGANIZADO POR LA SOCIEDAD FABRICANTE DEL

PAPEL DE FUMAR ABADIE

que se celebrará en combinación con el sorteo de la Lotería Nacional de 2 de enero de 1930

420 JUGUETES

Primer premio: Un automóvil tipo Baby, marca Bugatti, con motor eléctrico y marcha de 15 kilómetros por hora.

Segundo premio. Un elegante cochecito con muñeco y ama.

Tercer premio: Una sólida bicicleta con side-car.

Cuarto premio: Una linda mesita con mantelería, servicio de vajilla y cuatro sillas.

VEINTE bonitos juguetes para los números favorecidos con los veinte premios de quince mil pesetas.

396 variados juguetes para los números favorecidos con las centenas de los cuatro premios mayores.

Cada veinte cubiertas de libritos o cada cinco cubiertas de blocs de papel de fumar Abadie da derecho a una papeleta para tomar parte en este sorteo.

El canje de cubiertas se efectuará desde el día 1 de Octubre al 21 de Diciembre, en el Almacén General del Papel de Fumar Abadie —Campoamor, 20 y Orellana, 3 triplicado— Madrid. Los domiciliados en provincias se dirigirán por correo.



El patrón
Ernesto San Pedro



En el polo
Margarita G. L.

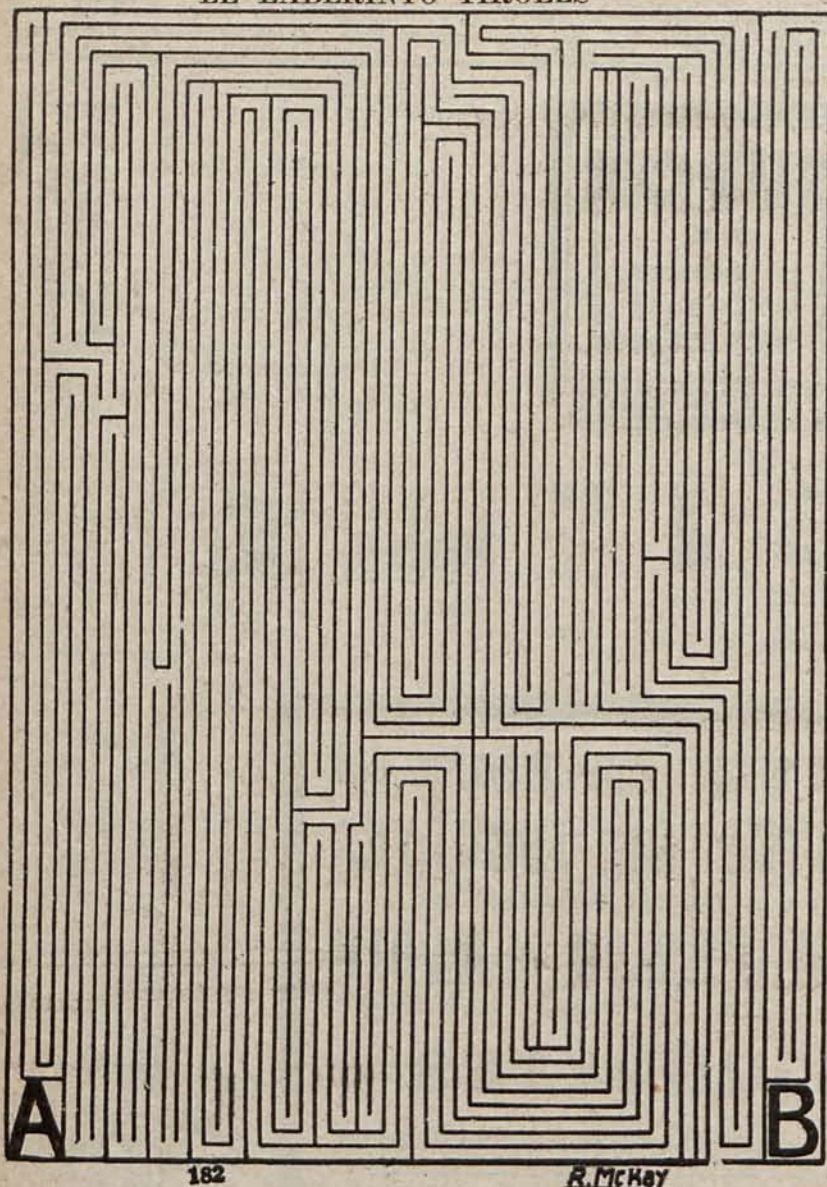


Una antigua
Carmencita Villasante

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL LABERINTO TIROLÉS



182

R. McKey

Cuatro perros aventureros salieron un día de su pueblo en busca de aventuras. Una sed infinita de emociones les guiaba. Ansiaban luchar, ser algo en la vida más que... pero, en fin, lo importante aquí es que los cuatro perros se fueron en busca de aventuras... Y aquí los tenéis escondidos de la vista de estos gatos.

¿Dónde están?

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE OCTUBRE 242

Envío del Pinochista D.

.....

.....

.....

Un amigo mío que estuvo viajando por el Tirol encontró una vez junto a una aldehuela la entrada de una cueva. Introdujose por ella acompañado de su fiel criado Evaristo y comenzó a andar por un largo corredor, pero pronto se dió cuenta de que habían cometido una imprudencia. Estaban en un laberinto. De nada sirvieron sus gritos, de nada sirvieron sus investigaciones, la puerta, la salvación, no aparecía. La suerte que nunca había abandonado al valeroso Méndez—así se llamaba mi amigo—no le fué esquivia, tampoco, en esta ocasión... Encontró, al fin, la salida y se separó rápidamente de aquellos lugares donde tan amargos ratos habían pasado.

El laberinto aquí lo tenéis. Entrando por A hay que salir por B.

LOS CUATRO PERROS



ANITA

BUEN-CORAZON



SECCIÓN PIRULA

Charla de Pirula... bordadora

¡Pobre príncipe Kito!



tenía dos y no era entonces príncipe, ni se llamaba Kito, ni nada. Pero era ya nipón.

Pilar se entusiasmó con sus grandes orejas en punta que parecía de terciopelo beige igual al de su abrigo de entretiempo (el abrigo de Pilar, no el de Kito) con sus bigotitos tiesos, y con sus ojillos avizores, inquietos, asustadizos.

Y como le encontraba distinguidísimo, y hasta aristocrático y con un si es no es de aire japonés, en los bigotes, pues le elevó en el acto a la categoría principesca y le puso por nombre Kito, que tiene un carácter indudablemente nipón.

Desde que Pilar entró en posesión de su principito, la casa de campo perdió para ella todos sus atractivos anteriores; descuidó las flores del jardín, y la Pinta, y la Rubia, y la Negra se aburririeron en el gallinero echando de menos sus visitas.

En cuanto a las legumbres del huerto, solo se ocupó de ellas para buscar las mejores zanahorias que brindar a Su Alteza.

Porque el «noble japonés» era ni más ni menos que un conejito como lo habréis adivinado ya sin ayuda de brujería.

En su pasión conejofila, Pilarín llegó al extremo de querer más al príncipe que a sus propias hijas; si, más que a la simpática y campechana Peponceta, más que a la elegante y remilgada Teodomira, más que al molletudo Tóto, ese bebé adorable, tan buenecito que no llora más que cuando le aprietan la tripa, lo cual, después de todo, es bien disculpable; cualquiera de nosotros lloraría en igual caso ¿no es verdad?

Un poco indignante llegó a resultar ese gran amor de Pilar por el príncipe Kito, ya que por él se convirtió en una madre desnaturalizada; no os digo más sino que cogió en el abundante equipo de Teodomira, un abrigo de lana azul marino, para fabricarle un gabán a Su Alteza, no fuera a constiparse en esos días frescos que se dan en la sierra hasta en el mes de agosto.

Fabricado que hubo el gabán, le puso un bolsillo y metió dentro un pañuelito de linón blanco, con una puntilla, vainicas y las iniciales bordadas P. K. bajo una corona real.

Con lo cual el conejo quedó convertido, si no en un verdadero príncipe, al menos en un perrito de lujo.

Cierto es que Kito no dejaba de merecer estas atenciones; dócil y comprensivo, devolvía visiblemente a su amita una parte de su afecto. (Digo una parte nada más, porque hay que tener en cuenta la distancia que va del corazón de un conejo al de una Pirulinda).

Además era muy listo; Pilarín le había fabricado un collar con una tira de fieltro adornada con cuentas de cristal (de esas que tiene para hacerles joyas a sus hijas) formando dibujos multicolores; y cuando se lo ponía, el príncipe, éste, lejos de protestar contra su esclavitud, se mostraba encantado adivinando que se trataba de acompañar a su amita a paseo y de lucirse ante la gente. ¡Era tan vanidoso!

Al acercarse el fin del veraneo, Pilarín insinuó a sus padres la idea de llevarse al príncipe; pero de tal modo fué acogida la ocurrencia que no se atrevió a repetirla.

Desde aquel día, Pilar empezó a temblar por la suerte de su noble japonésito, y no le faltaban motivos ¡ay! para sentir temores.

En efecto, Kito había llegado a los cinco meses, edad muy propicia para los conejos y estaba destinado ¡horror de los horrores! a perecer a manos de la feroz Patro, la cocinera (que nunca hasta la fecha había dado muestras de tal ferocidad) y a ser servido a la mesa en unión de otros conejos, menos imperiales y menos nipones, pero no menos animales que él, sea dicho sin ánimo de ofenderles.

Grande fué la indignación y el dolor de Pilarín cuando se enteró del abominable canejicidio; y por una vez hay que reconocer que una Pirulinda tenía algo de razón en contra de todos...



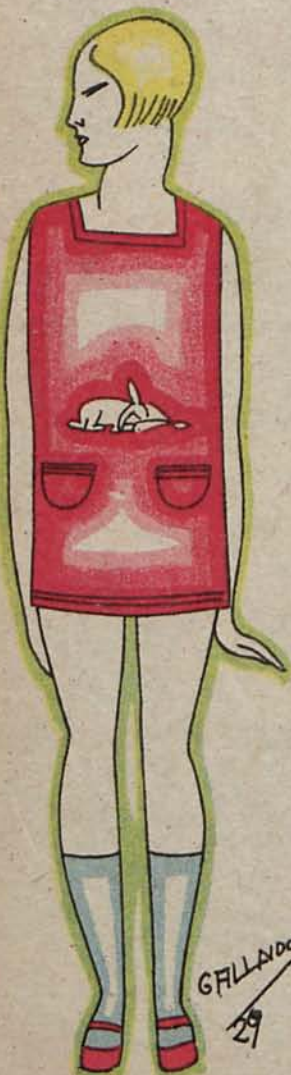
Lo que debilita un poco la nobleza de la actitud de Pilar es que, colocada ante la fuente de conejos asados, no supo resistir la tentación de aquella fragancia apetitosa y aceptó un muslo que lo mismo podía ser de conejos desconocidos que del propio príncipe Kito.

Y por la noche reincidió, pues lo que quedó de los conejos asados se sirvió frío y resultaba doblemente succulento, con salsa mayonesa adornada con hojas de lechuga y picadillo de huevos cocidos. Pero no por eso se ha olvidado Pilarín de su compañero veraniego; tanto lo recuerda que ha resuelto llevar su retrato todo el invierno.

Este retrato no es una miniatura encerrada en un medallón; es un retrato que he dibujado yo y que Pilar reproducirá bordado a punto de cordón en baberos, delantales y vestidillos.

Representa al infortunado príncipe Kito, disponiéndose a devorar su golosina predilecta: una zanahoria, regalada seguramente por su tierna amita.

Mis demás Pirulindas lo copiarán sin duda también aun cuando no hayan tenido la satisfacción de conocer al príncipe Kito, ni el dolor de llorar su muerte, ni el placer de comérselo con salsa mayonesa.



GALLADO
29